

## “BUENOS DÍAS”, HISTORIA, AHORA NO TE ESCAPAS!

La última mitad del siglo XX transformó de manera notable las fuentes documentales de la historia. De los viejos pergaminos y los grabados metálicos o en piedra, se pasó a la revolución de Gutenberg. A partir de la invención de la tipografía móvil la humanidad fue avanzando de manera consistente y sistemática.

Vinieron después la fotografía y la radio, luego la televisión.

El siglo XX conquistó, ya al final, la más espectacular de las revoluciones: la era cibernética, el Internet, la digitalización, y más allá de lo que uno, lego desconcertado y, sin embargo, complacido, puede ahora entender. Disfruto y me beneficio de la revolución, pero discretamente no me rompo la cabeza al pretender comprender sus secretos tecnológicos.

En Venezuela, los historiadores del futuro podrán disponer de fuentes documentales de primera magnitud: la palabra y la imagen en la maravilla del vídeo.

También sentirán nostalgia de la imprevisión: cinco experiencias comunicacionales adquirieron jerarquía inusual: tres en los canales del Estado: Mariano Picón Salas, Aquiles Nazoa y José Antonio Calcaño. El canal cultural del rico Estado petrolero estuvo siempre en ruinas y las “cintas” tenían que borrarse al grabar nuevos programas.

La incompreensión y el asedio a la cultura, el menosprecio por los que piensan, no ha sido ajeno a nuestras características de país. Se borraron las palabras y los gestos de los tres maestros de la palabra y de las ideas, y no hay nada más deplorable que registrarlos.

Quedan los testimonios de Arturo Uslar Pietri y sus “Valores Humanos”, su visión personal de los grandes protagonistas de la cultura y de la historia, los que el escritor consideró ya consagrados por la historia.

Quedan también, y es una gran fortuna, todos los programas de “Buenos Días”, miles de programas que a través de tres décadas sostuvieron en la televisión venezolana los periodistas Sofía Imber y Carlos Rangel. No hubo venezolano que tuviera algo que decir, que contar, que proponer, que no fuera invitado a “Buenos Días”.

No hubo visitante de significación que no concurriera al diálogo de altura y controversia que era “Buenos Días”. O venían a Caracas los grandes pensadores y los grandes artistas, o las cámaras de Sofía y Carlos Rangel iban a ellos en el lugar en que estuvieren, como fue el caso (que guardo en la memoria) de la visita a Henry Moore y a su taller singular en algún lugar de Inglaterra.

En suma, diré que la política, la economía, la cultura y todo cuanto forma el menester cotidiano de un país está registrado en estos archivos históricos que constituyen la colección de “Buenos Días”.

Allí están los candidatos presidenciales de estas décadas prometiéndolo el país de las maravillas. O sea, diciéndonos lo que queríamos oír, como Romeo en la ventana de Julieta.

También está la realidad obstinada como telón de fondo de un teatro que no cesa, que es nuestra vida, nuestra diversión y nuestro padecimiento.

Es una inmensa fortuna que no hay ocurrido con ellos lo que ocurrió con Mariano Picón-Salas, Aquiles Nazoa y José Antonio Calcaño, borrados por el azar, la tontería y la ignorancia.

Es una fortuna que se hayan preservado estos que cada día serán mejores “Buenos Días” a medida que se alejen (o se alojen) en el tiempo. Que sea la Universidad “Andrés Bello” el lugar

donde los investigadores o los curiosos del futuro puedan visitar esos momentos venezolanos, es también una fortuna.

Anales del quehacer cotidiano, a un tiempo registran lo que fundamentalmente los hizo posibles: eso que se llama libertad de expresión, o libertad a secas, cuyo valor desdeñamos con frecuencia, y lo jugamos a los dados como a Rosalinda.

Simón Alberto Consalvi (1998).